

ni, Bridayne y Mailly, Edgeworth de Frimont y Bausset, con toda la serie de papas, cardenales y obispos, que por sus virtudes ó talentos han honrado á la Iglesia. En la magistratura cuentan los Jesuitas entré sus educandos á Lamoignon, Seguiet, Pontchartrain, Molé, Novion, Mesme, Aligre, Argenson, Pothier y Libert, de Ormesson, Le Jay, Montesquieu, Bouhier, Portail, Maupeou, Amelot, Nicolai, Henault, Malesherbes y Seze; así como en literatura y ciencias al Tasso ¹, Galileo, Justo Lipsio, Santeuil, Descartes, Corneille ², Cassini, Molière, Juan Bautista Rousseau, Escipion Maffei, Goldoni, Varignon, Tournefort, Malezieux, Fontenelle, Mairan, Vico, Alfieri, Cavanillas, Saint-Lambert, Olivet, Pompignan, Turgot, Volpi, Quadrio, Voltaire, Fréron, Mersenne, Burke, Kemble, el orador y trágico inglés, Filicaia, Bianchini, Salvini, Muratori, Redi, La Condamine, Gresset, Chomel, Mably, Buffon, Diderot, el P. Eliseo, Raynaldo, Maury, Canova, Barthelemy y Lagrange.

Fácil será convencerse, por esta mezcla de gloriosas individualidades, que no necesitan mas que ser citadas para excitar gratos recuerdos, y cuyo número pudiéramos aumentar indefinidamente, de que los Jesuitas no condenaban á sus discípulos á una ignorancia precoz, y que no inclinaban sus tiernos corazones hácia el claustro ó el sacerdocio. Desde la época de su origen hasta su supresion, es decir, en el transcurso de doscientos y treinta años, han formado la educacion de la Europa entera, y la del siglo de Luis XIV. Es verdad que no todos los jóvenes salidos de sus colegios fueron modelos de virtud, genios ó denodados caudillos. Bajo unos maestros religiosos pueden formarse impíos, y en la escuela

¹ El Tasso, que conservó siempre la mas afectuosa intimidad con el Padre Francisco Guerrieri, su profesor de retórica, le dirigió un soneto que principiaba por este juego de vocablos:

Hai col nome guerrier, Guerrier l'ingegno.

² Todavía existe un ejemplar de las obras del gran Corneille que regaló á los Jesuitas, sus antiguos maestros, y á cuyo frontispicio se lee la siguiente dedicatoria escrita de mano del sublime poeta:

Patribus Societatis Jesu
Colendissimis praeceptoribus suis,
Grati animi pignus
D. D. Petrus Corneille.
Dii, majorem umbrae tenuem et sine pondere terram
Qui praeceptorem sancti voluere parentis
Esse loco.

de un sabio se encontrarán siempre algunas inteligencias que no salgan nunca de su estado de ignorancia; los Jesuitas no han podido superar la condicion de algunas naturalezas viciadas, y se han frustrado sus esfuerzos, como se frustrarán siempre todas las tentativas que se hagan con los mismos caracteres. No debemos por lo tanto colocarnos en la excepcion sino en la realidad. Los Jesuitas no exigian de la infancia mas de lo que podia producir, ni improvisaban oradores, astrónomos, poetas, matemáticos y moralistas de doce años. Habian, sí, puesto en práctica, mucho tiempo antes que el filósofo de Ginebra, la prudente leccion que da este en teoría en su *Emilio*. «¿Por qué razon, dice, se ha de pretender que los progresos en un niño, que nunca pueden pasar de tales, sean los de un hombre hecho? Todo cuanto pueden inspirar los colegios es la afición á las letras: ellos franquean el camino; al genio toca recorrerle.»

Tambien es cierto que de las casas de la Compañía han salido virtudes sublimes y grandes criminales; pero nosotros no tratamos de hacerla, ni el honor de haber creado solo los primeros, ni la injuria de haber predispuesto al vicio á los segundos. Los Padres ejercian un ascendiente inevitable en los corazones de sus alumnos; pero este ascendiente, que tantas pasiones y tantos intereses contradictorios trataban de atenuar en el mundo, no era bastante poderoso para contrarestar unos caracteres fuertemente templados para determinar el bien, ó para ahogar el mal. Y sin embargo, háseles dirigido mas de una vez esta acriminacion que no han merecido. Se les acusa de haber formado, sin saberlo, pero por una falsa direccion, la juventud, á la cual los excesos de 1793 han hecho tristemente famosa. Desterrados de sus establecimientos en 1762, y proscritos como Jesuitas en 1764, no han podido reasumir sobre su cabeza la responsabilidad de la educacion mas que hasta esta época. No fue por cierto en el tiempo en que ellos ocupaban el colegio de Luis el Grande, cuando ingresaron en él los Robespierre, Desmoulins, Fréron, Tallien, Danton, Marat, Chenier y tantos otros ¹. La universidad se habia constituido he-

¹ Una simple enumeracion de fechas bastará para probar con mas elocuencia que todas las negativas. Robespierre nació en 1759 lo mismo que Danton; Camilo Desmoulins en 1762; José Chenier en 1764; Fréron en 1756; y Tallien en 1769. Es, pues, materialmente imposible que hayan sido discípulos de los Jesuitas, expulsados en 1762 de todos los establecimientos de Francia.

redera del Instituto; el presidente Rolland la habia puesto en nombre del Parlamento en posesion del colegio de Luis el Grande: ella habia tomado á su cargo la enseñanza sustituyendo á los Jesuitas; y Robespierre y colegas fueron la primera generacion que en él formó contra sus esperanzas y previsiones. ¡ Cosa digna, entre tanto, de observacion! ninguno de los discípulos de la Orden de Jesús tomó una parte culpable en las medidas revolucionarias. Muchos fueron sus víctimas; pero ni aun sus mismos apóstatas, tales como Raynal y Cerutti, sancionaron los crímenes de aquella época.

El régimen interior de las escuelas de la Compañía de Jesús era enteramente uniforme, y casi igual al que subsiste aun en el colegio de los Jesuitas, ó en los que han tomado por modelo su plan de educacion. La única diferencia sensible se halla en el gobierno de los externos. Los Padres, que habian desde luego pensado que este depósito confiado á su celo por las familias era tan sagrado para ellos como el de los pensionistas, establecieron una activa vigilancia respecto á estos últimos. El prefecto de estudios formaba un catálogo de las casas en que los estudiantes, separados de sus padres, podian elegir un domicilio; después pasaba á visitar estas casas en dias indeterminados para cerciorarse por sí mismo de si reinaba en ellas el buen orden; luego escuchaba las quejas, daba los consejos, y descendia con los niños á los detalles mas minuciosos. Los maestros de pension eran responsables de la conducta de sus inquilinos: obligábanlos á cooperar á la ejecucion de los reglamentos, y si llegaba el caso de entibiarse su celo ó su prudencia, eran al instante rayados de los catálogos. Esta seguridad dada á las familias, lo era tambien para los Jesuitas.

La clase ocupaba las horas mas preciosas del dia; pero queriendo los Padres facilitar la educacion á los que desplegaban mayor emulacion que los demás, sin desalentar no obstante á la mayoría, á quien bastaban los deberes comunes, habian establecido academias en que, para ser incluidos como miembros, necesitaban distinguirse los estudiantes por su piedad y aplicacion.

El concilio de Trento, cuya prevision se extendió á todos, y que debia necesariamente ocuparse de la educacion, contagiada ya por los vicios y la herejía, después de indicar los medios oportunos

para resucitar el culto de lo verdadero en el corazon de la juventud, aconsejó que echasen mano de sabios y prudentes profesores, y lanzando de repente una ojeada sobre la Sociedad de Jesús aun en la cuna, emitió este deseo, cuya justicia ha confirmado en lo sucesivo la experiencia de dos siglos: «Caso de haber Jesuitas, deben ser preferidos á todos los demás.» Un sufragio semejante, adoptado por los sumos Pontífices, los reyes, obispos y pueblos como la norma de su conducta, y al que se han adherido constantemente los literatos de todas las comuniones y países, nada deja que decir respecto á este código de instruccion, y á la manera con que fue aplicado.

Cuando los tres siglos mas célebres de la historia vienen, representados por los hombres que han producido, á honrar al maestro que les formara; cuando recordamos el amor que los discípulos de los Jesuitas profesaban á sus catedráticos; cuando en cada una de las páginas de las obras maestras de literatura europea observamos aun los vestigios de este amor, del que rara vez ha desistido el mismo Voltaire; y cuando comparamos, por último, este sentimiento de piadosa gratitud con el olvido despreciador que acoge por lo regular el nombre de los universitarios que han educado á la generacion actual; nos vemos precisados á confesar en despecho de todos sus rivales y adversarios, que los Jesuitas abrigaban en sí mismos un principio vital, ó sea una educacion adaptada á las necesidades de la familia y al deseo de los jóvenes.

Bacon, aquel gran filósofo que descubrió en las ciencias un nuevo mundo, reasumia así su pensamiento respecto al sistema de estudios seguido en la Compañía: «Por lo que respecta á la instruccion de la juventud, dice el canciller de Inglaterra, sería mas sencillo decir: Consultad los colegios de los Jesuitas, porque es imposible hacer cosa mejor que lo que en ellos se practica.»

Pero Leibnitz, otro protestante tan ilustre como el Canciller, al paso que justificaba á la Sociedad de Jesús en lo relativo á sus trabajos instructivos, creyendo que aun la restaba otros servicios que prestar al mundo: «He pensado siempre, escribia á Placcio en el tomo VI de sus *Obras*, pág. 65, que sería fácil reformar el

¹ Et si reperiantur Jesuitae, caeteris anteponendi sunt. (*Declarationes ejusdem concilii ad sess. XXIII. De reformatione*, cap. XVIII, num. 31).

² *De dignitate et augm. scientiarum*, lib. VII, pág. 153.

«género humano si se reformase la educacion de la juventud; pero no podrá obtenerse fácilmente este resultado sin el concurso de personas, que, á la buena voluntad y conocimientos, no agreguen el prestigio de la autoridad. Los Jesuitas podian hacer cosas admirables, especialmente cuando considero que la basa principal de su Instituto religioso estriba en la educacion de los jóvenes: sin embargo, á juzgar por lo que observamos en la actualidad, no ha correspondido plenamente el éxito á las esperanzas, y estoy muy distante de opinar en esta materia como Bacon, que, cuando se trata de mejorar la instruccion, se contenta con remitirnos á las escuelas de los Jesuitas.»

La cuestion ventilada entre estos dos genios del protestantismo solo es de mas ó menos. Mientras que Bacon lo encuentra todo perfecto en el orden y objeto de los estudios; mientras que admira el método práctico de los Jesuitas, su celo y maestría en el arte de formar la juventud; Leibnitz, que los defiende y se honra con su amistad, cree que el Instituto no ha pronunciado todavía su última palabra, y lo llama á la realizacion de su cristiana utopía. Ambos discordaban en opiniones sobre el plan adoptado: el uno aprobaba sin reserva; el otro deseaba que se modificase para que fuesen mas completos sus triunfos; la verdad, empero, existe entre el elogio y la acriminacion condicional, que puede aplicarse á todas las obras del hombre. Y sea como quiera, lo que resalta evidentemente de las palabras de ambos filósofos es, que los Jesuitas carecian á la sazón de competidores en Europa respecto á la educacion de la juventud; y como lo ha dicho el erudito abate Emery, á quien tantas veces consultó el emperador Napoleon¹: «Han expulsado á los Jesuitas, han rechazado su método; pero ¿con qué los han reemplazado? ¿Qué ha resultado de tantos nuevos sistemas de enseñanza? ¿Son ahora los jóvenes mejor educados? ¿Han pasado sus costumbres á ser mas puras? ¡Ah! su presuntuosa ignorancia, agregada á la corrupcion de sus costumbres llevada á su apogeo, impulsan á la mayor parte de los hombres honrados á echar de menos las personas y el método de sus antiguos maestros.»

¹ *Pensamientos de Leibnitz*, por Mr. Emery, p. 429 (ed. de 1830).

CAPÍTULO XXIX.

Reflexiones acerca los escritores de la Compañía de Jesús. — Su punto de vista. — Los Jesuitas juzgados por Voltaire, de Alembert, Lalande y el abate de Pradt. — Primeros teólogos de la Orden. — Laynez y sus obras. — Modo de estudiar y comprender su genio. — Salmeron y Canisio. — Possevino como teólogo y diplomático. — Los sabios de la Compañía. — Toledo y Belarmino. — Su ciencia. — Los controversistas y sus obras. — Los PP. Wetter y Garasse. — Causas de las hipérboles escolásticas. — Suarez y Cornelio Alápide. — Los comentadores de la sagrada Escritura. — Trabajos de los Jesuitas sobre la Biblia. — Los Jesuitas traductores de los santos Padres. — El P. Sirmond y Teófilo Raynaldo. — El P. Labbe y los recopiladores de los concilios. — Hardouin y Petau. — Carácter del talento de Petau. — Los teólogos relajados. — Escobar y Busembaum. — Utopias teológicas de los Jesuitas. — Sus proposiciones escandalosas. — Explicanse estas. — Sus tendencias. — Los ascetas. — Los PP. Nouet, Judde y Gonnelleu. — Efecto que produjeron en el mundo estos Jesuitas. — Los filósofos. — Motivos que han impedido á los Jesuitas el contar entre ellos un gran número de filósofos. — Malapertuis y Fabri. — Suarez y su metafísica. — Gracian y sus obras de moral. — Boscovich y Buffier. — El P. Guenard y la academia francesa. — La elocuencia del púlpito y la improvisacion. — Los Jesuitas oradores. — Misioneros. — Diferencia entre ellos. — Pablo Segneri y los predicadores italianos. — Los portugueses y los españoles. — El P. Juan de Isla hace la crítica de sus defectos. — Los belgas. — Los alemanes y Santiago Wurz. — Los franceses y Claudio Lingendes, creador de la elocuencia sagrada en Francia. — Bourdaloue, La Rue y Cheminai. — El P. de Neuville y el siglo XVIII. — Los Jesuitas historiadores. — Los historiadores de la Compañía. — Orlandini, Sacchini, Juveny y Bartoli. — Los biógrafos. — Historiadores eclesiásticos y profanos. — Mariana y Pallavicini. — Estrada y Maffei. — De Avrigni y Daniel. — Baugeant, Longuebal, Brumoy y Berthier. — Carácter de estos escritores. — Du Halde y las *Cartas edificantes*. — Berruyer y Griffet. — Los Jesuitas anticuarios. — Ciencia epigráfica de los Padres. — Los Jesuitas bolandistas y los agiógrafos de la Compañía. — Los Jesuitas geógrafos. — Jurisconsultos. — Matemáticos. — Clavio y sus discípulos. — Guldin y san Vicente. — El P. Lallovere y Pascal. — Riccati y el cálculo integral. — Descubrimientos de los PP. Riccioli y Grimaldi. — Estudios sobre la luz y los colores. — El P. Pardies, geómetra. — El Padre La Hoste y los marinos. — Los Jesuitas hidrógrafos. — El P. Zuchi y el telescopio. — El P. Kircher y sus trabajos. — El globo aerostático inventado por el P. Gusmao. — Es delatado al Santo Oficio. — El P. Lana y sus descubrimientos. — Los Jesuitas mineralogistas. — Pintores y relojeros. — Astrónomos. — Descubre el P. Scheiner las manchas del sol. — Anticipase Eschinardi á Cassini en el descubrimiento del gran cometa aparecido en 1668. —